

es un trozo —el más luminoso— de la historia. La tarea ha sido emprendida por la persona más adecuada, ya que a su condición de militar une la de arquitecto técnico y de licenciado en Historia del Arte. De ahí la apelación a la documentación, básica para un historiador, atestiguada por la balumba de citas aportada.

Cierto que en la designación de las sedes de las Capitanías Generales han mediado consideraciones estratégicas. El recuerdo de un Burgos que ofrece resistencia en la Guerra de la Independencia y su importancia como nudo de comunicaciones, han sido poderosas razones a la hora de elegir la ciudad como centro de una de tales Capitanías. Pero en las páginas del libro queda constancia del tesón que el pueblo y las autoridades de Burgos han puesto, primero en la concesión de la Capitanía y después en su mantenimiento.

El autor hace la historia de los distintos edificios en que se aloja la Capitanía: Casa del Cordón, palacio de Iñigo Arista, casa de los Mendoza-Dorransoro, Casas Consistoriales, Palacio de las Cuatro Torres. Pero el ayuntamiento de la ciudad, consciente del significado que la Capitanía tiene, realiza un supremo esfuerzo y redacta un ambicioso proyecto en 1903, que supone el derribo del Palacio de las Cuatro Torres y la erección de un edificio de nueva construcción. De las trazas se ocupa el arquitecto municipal Saturnino Martínez Ruiz. De su proceso constructivo se ofrece exhaustiva información, desde el comienzo de las obras el 16 de agosto de 1904, hasta la recepción definitiva el 10 de octubre de 1908.

En aquel entonces el modernismo marcaba la hora de los estilos. Aunque en definitiva es una edificación ecléctica, el arquitecto procuró ofrecer una imagen gótica, por respeto al estilo dominante en la ciudad. Pero no habrá que olvidar que el propio Gaudí hacía pasar sus novedades por el tamiz tradicional de la arquitectura ojival. Se da cuenta de los diversos concursos que se hicieron, desde la contrata y dirección de obra, a la adjudicación de los elementos ornamentales. Porque lógicamente no se podía levantar un edificio que no tuviera previstos todos los elementos que lo hicieran inmediatamente habitable. Se da particular relevancia a las vidrieras, en una ciudad que tiene una catedral dotada de ricas muestras de estilo gótico. Ni se podían excusar reposteros, cuadros, relojes y el mobiliario. Una esmerada colección de dibujos ilustra las peculiaridades de esta ornamentación.

«Palacio de Capitanía General», tal es el título del libro. Y así es, en efecto. La institución militar suprema que se aloja en Burgos, tiene este suntuoso aparato que la ciudad se ha esforzado en mimar.—J. J. MARTIN GONZALEZ

BRASAS EGIDO, José Carlos, *Capuletti*, Edición de la Caja de Ahorros Provincial de Valladolid 1987. 465 págs, 497 ilustraciones, 115 en color.

Practicamente, Capuletti era un pintor desconocido fuera de ambientes muy reducidos vinculados a la Historia del Arte Español contemporáneo. Y quizás gran parte de su obra corría peligro de caer en el olvido, para limitarse su mención a la de ilustrador de algunas publicaciones vinculadas al estudio del erotismo, de no ser por esta magnífica monografía que Carlos Brasas dedica a este singular artista. Comenzamos señalando que este libro no es uno de los muchos trabajos de carácter menor que se han realizado sobre este pintor, sino una monografía fundamental, profunda y extensa que trata de compendiar, en los límites de lo exhaustivo, la vida y la obra de este singular pintor vallisoletano.

Cuando algún día se intente plasmar desde una perspectiva dilatada la historia de la pintura española del siglo XX, alejándose de la cita exclusiva de artistas tópicos y recurrentes, brillará con luz propia entre los más genuinos pintores de esta centuria la figura de Capuletti. Al menos su presencia no podrá faltar cuando se intente valorar la aportación hispana al campo del surrealismo. De este movimiento conviene precisar que Capuletti es un militante tardío, pero deslumbrante.

Capuletti fue un pintor que sin París no hubiera llegado a nada. Salido de Valladolid, donde nació y vivió sus años juveniles, pudo escapar de un ambiente cerrado y asfixiante que limitaba su creatividad artística. Tuvo que ser París y el amor, quien le insuflase una potente veta de inspiración artística que le llevó a niveles de gran originalidad creativa. Fundamental en la vida de Capuletti fue su matrimonio con la bailarina Pilar López Fernández, quien fue durante la mayor parte de su vida su musa y modelo permanente y que cual Gala daliniana es motivo constante de presencia en sus pinturas.

Tras años de dificultades y esfuerzos Capuletti comenzó a dejar constancia en París de su valía personal, comenzando una etapa que aparece perfectamente pormenorizada en el trabajo de Carlos Brasas a base del empleo de una completísima documentación artística que ha sido conservada hasta el más mínimo detalle por Pilar, y que ha puesto a disposición del autor de forma íntegra. El éxito parisino y la posterior proyección de la obra de Capuletti a Nueva York configuran su época de esplendor, que conoce años irrepetibles en la década que va desde 1955 a 1965. Luego su vida fue declinando hacia su prematuro final en una etapa en la que quizás su inspiración se marchita un tanto a pesar de que aparecen nuevos bríos en su obra coincidiendo con su segundo matrimonio con Iris Henrich.

Parte fundamental del libro de Carlos Brasas está dedicado al estudio de las obras de Capuletti que se inicia con el análisis de las influencias artísticas que este pintor había recibido de los maestros del pasado, tanto remoto como inmediato y lógicamente su innegable admiración por Dalí, en cuya estética encuentra en numerosas ocasiones puntos de partida para la realización de sus obras. Sin embargo sería injusto catalogar a Capuletti como un daliniano más, ya que su pintura señala otras direcciones y latitudes, siendo también perceptibles en sus obras efluvios derivados de Paul Delvaux, René Magritte, Dorotea Tanning e Ives Tanguy. Pero ante la aportación inevitable de las influencias, es necesario constatar la inmensa originalidad creativa que Capuletti introduce en sus obras.

Hay en Capuletti una insistente presencia del cuerpo femenino personificado primero en Pilar y después en Iris, que son constantes obsesivas en sus pinturas, advirtiéndose en sus hermosos desnudos la liberación erótica de todos los impulsos que se concentraban en su interior. Son obras que seducen la atención del espectador, al cual Capuletti acierta a transmitir el inquietante y voluptuoso espectáculo que emana del cuerpo femenino inundado de sensaciones amatorias.

La producción de Capuletti se complementa con un repertorio nada desdeñable de retratos, muchos de ellos realizados en Norteamérica, y un conjunto de naturalezas muertas en las que hace gala de su virtuosismo técnico en sorprendentes efectos de trompe l'oeil. Cabe destacar también la enorme cantidad de dibujos que realizó a lo largo de su vida entre los que destacan los dedicados a temas relacionados con el flamenco y los toros en los que alcanzó logros de gran efectismo y vistosidad.

Muy pocas veces se puede reseñar la utilidad de un trabajo con más satisfacción que éste que ahora comentamos. Carlos Brasas puede sentirse orgulloso del trabajo que ha realizado e igualmente puede presumir de efectividad la Caja de Ahorros Provincial de Valladolid l'oeil puesto que la generosidad de financiar este libro ha sido compensada con la brillantez del mismo.—ENRIQUE VALDIVIESO